

ISBN 978-950-33-1657-3

Compilación de:
JUAN M. CONFORTE
NATALIA LORIO

La vía de lo inútil. Aportes para una revolución improductiva

La vía de lo inútil

Aportes para una revolución improductiva

Compilación de:

Juan M. Conforte

Natalia Lorio

**Colecciones
del CIFYH**



La vía de lo inútil : aportes para una revolución improductiva / Fabián Fajnwaks ... [et al.];
compilación de Juan Manuel Conforte; Natalia Lorio; ilustrado por Santiago Caruso. - 1a ed.
- Córdoba : Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1657-3

1. Psicoanálisis. 2. Filosofía Contemporánea. I. Fajnwaks, Fabián. II. Conforte, Juan Manuel,
comp. III. Lorio, Natalia, comp. IV. Caruso, Santiago, ilus.

CDD 150.19501

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición



Área de

Publicaciones

Diseño de portadas: Manuel Coll

Diagramación: María Bella

Imagen de portada: Detalle de la obra *Lies Beneath* (2012) de Santiago Caruso

2021



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



La banalidad de lo útil. Apuntes para una vida de perros

Andrea Teruel*

*A la memoria de Whisky,
el perro de Karl Marx*

Cuenta la anécdota que al preguntársele a Alejandro Magno quién le gustaría ser de no ser quien era, respondió “Diógenes”. El Gran Alejandro, emperador glorioso y venerado, símbolo de poder, destreza y dominio, sorprendentemente no elegiría ser algún dios de la vasta galería mitológica griega que se le sobreponía (sólo los dioses parecían estar por encima suyo), sino que elegiría ser Diógenes, “el perro”: el filósofo cínico célebre por vivir en una tinaja de barro, desprestigiar todo símbolo de cultura, y llevar una vida austera, sin mayores preocupaciones ni ambiciones celestiales o terrenales. Ciertamente, la respuesta del macedonio dejó a muchos perplejos, pues salta a la vista que la vida de perro llevada por Diógenes se encuentra en las antípodas de las aspiraciones imperiales de este joven guerrero que hicieron historia.

Si rememoro esta curiosidad del anecdotario antiguo es porque de algún modo permite introducir una reflexión sobre formas de vida aparentemente contrapuestas. Por un lado, se advierte una vida proyectada a la adquisición de poder y a establecer o sostener un orden; por otro lado, se observa una vida desinteresada de toda forma de dominio, que renuncia al progreso y se dedica a vagabundear rechazando las normas convencionales de civilidad. Evocando aquellos mismos tiempos antiguos, podemos pensar esta tensión atendiendo a la oposición establecida por los sofistas entre las leyes de la naturaleza (*physis*) y las leyes de la convención (*nomos*). De este modo, se intuye que la vida emprendedora, laboriosa y productiva pareciera inclinarse siempre hacia el lado de las normas y los preceptos que regulan las conductas sociales, mientras que una vida despreocupada

* Integrante del grupo de investigación “Psicoanálisis y Filosofía/Filosofía y Psicoanálisis: encuentros, influencias y discusiones”, (CIFYH). Becaria doctoral CONICET-UNC.

Correo electrónico: andreateruel@gmail.com



ante el deber y el trabajo pareciera atender tan sólo a lo natural (casi en sentido animal). De allí, en efecto, uno de los posibles motivos del calificativo de perro otorgado a Diógenes por parte de sus conciudadanos -apodo, por cierto, de intención despectiva pero que el filósofo supo llevar con altura y manifiesto orgullo-.

La figura del perro, no obstante, contiene cierta ambivalencia en la que me gustaría detenerme ya que puede confundir a quien adopte rápidamente el modelo perruno como forma de vida. Pues si bien el perro en gran parte de nuestro imaginario se nos presenta como el ser alegre y vagabundo que habita su presente de forma ociosa y desvergonzada atendiendo únicamente a sus inclinaciones naturales, en igual medida también se lo reconoce como el ser dócil y servil, incondicionalmente fiel a su amo. Lo cierto es que el perro ocupa un lugar complicado en el orden cultural, pues evoca la errancia y hasta cierto parentesco con la carroña, pero también la domesticación y el respeto a la autoridad. Diré por tanto, ocupa un lugar ambiguo entre la *physis* y el *nomos*.

En este sentido, al perro cínico, crítico al orden y la norma, que toma posición ante la sociedad instituida y sus objetivos, se le contrapone el perro que garantiza la regularidad establecida. El perro policía, sin ir más lejos, es un lugar común tanto en la ficción (Rin Tin Tin, Milou, Scooby-Doo, entre otros célebres) como en el mundo real (acaso quién no pasó por la experiencia de que un perro olfatee su equipaje en alguna terminal o paraje, o los ha visto accionar en distintos operativos de control). El perro delator, funcional al opresor, innegablemente se erige como una forma de vida. No obstante, en igual medida, nos topamos con perros insurrectos y rebeldes (cómo no mencionar sino acá al entrañable Negro “Matapacos”, canino ya icónico del estallido del pueblo chileno de 2019, participe infatigable en la sublevación). El perro desobediente y revoltoso, por tanto, se alza como otra forma posible de habitar el mundo.

Así, todo pareciera indicar que entre la servidumbre al orden y la sublevación pendula la vida de perros. Haraway (2016), al respecto, supo decir que estos adorables animales se reparten entre una “naturaleza domesticada” y la “cultura que se vuelve salvaje”. Ciertamente, “lo salvaje” mentado por la filósofa, indicaría lo que contradice a la cultura, es decir, lo que no adopta su *nomos*; del mismo modo, la “domesticación” indicaría la adaptación de la naturaleza (*physis*) a la norma o autoridad.

Ahora bien, más allá de esta constatable oscilación –característica evidente tanto en canes como en humanos– hay una pregunta subyacente e inquietante en relación al perro policía que no puedo dejar de hacerme: ¿a qué responde esa ciega subordinación a un amo? Mi pregunta se dirige específicamente a la forma de vida perruna, servil y soplona, adoptada por los de mi misma especie y no al reino canino (al cual respeto y admiro renunciando a imponerle respuestas antropomórficas). Considero que explorar una respuesta a dicho interrogante trasciende la mera etología y nos inserta en un complejo entramado social y político que merece nuestra atención ya que no es inocuo. Insisto entonces en indagar: ¿a qué se debe que el amor a la servidumbre sustituya al deseo de libertad entre los hombres?, ¿a qué se debe, dicho más brevemente, que el deber sustituya al deseo?

Estas preguntas ya han sido abordadas con suspicacia por Étienne de La Boétie allá por el siglo XVI. En su célebre *Discurso sobre la servidumbre voluntaria* el joven filósofo exploró este curioso fenómeno generalizado de optar voluntariamente por el sometimiento al tirano y renunciar a rebelarse ante la dominación. Una de las hipótesis esgrimidas en dicho opúsculo consistió en señalar a la costumbre como uno de los operadores para la naturalización de este “monstruoso vicio” de servir. Ahora bien, es cierto que los aciagos tiempos de las tiranías monárquicas o imperiales han quedado atrás en la historia de occidente (o al menos disimulan su vigencia evitando ser identificadas groseramente como tales). No obstante, en nuestro escenario actual la servidumbre voluntaria ha llegado a extremos de apariencia tan absurda que ni el propio La Boétie imaginaría. Pues el espíritu servil se ha enraizado tan en lo profundo de las subjetividades que la presencia o no de un amo temido o enaltecido pareciera ser hoy por hoy superflua. Me pregunto entonces, ¿a quién se sirve en los tiempos que corren?; los perros policías ¿perros de qué poder son?, ¿por qué orden velan?

Propiedad privada. Cuidado con el perro

Como se sabe, el orden dominante de hoy está en manos del capital a escala planetaria. Indistintamente que aquel se presente bajo los ropajes pseudos democráticos de un Estado populista, neoliberal o de enmascaramiento socialista, el capital dirige e impone su propia lógica en gran parte del mundo: la de la producción. Así pues, a este nuevo amo se le sirve tra-

bajando. Trabajando infatigablemente sin solución de continuidad, pues la concentración del capital no tiene techo. En este sentido, si La Boétie se preguntaba ¿por qué servir “tan bobamente” al tirano siendo que de una u otra forma terminará por aniquilarnos?, hoy podemos reformular la pregunta manteniendo por poco su literalidad: ¿por qué trabajar “tan bobamente” para el capital siendo que de una u otra forma terminará por aniquilarnos?

Ciertamente, esta compleja relación de dominio instaurada por el capitalismo fue estudiada en su profundidad ontológica y psicológica desde diferentes aristas y perspectivas. Basta mencionar los estudios sobre la alienación de Marx o los desarrollos llevados a cabo desde mitad de siglo XX sobre los modos de subjetivación en las sociedades posindustriales (Foucault, Deleuze, Lazarratto, entre otros.). Pero quisiera detener mi siguiente reflexión en otra vía de exploración, que no hunda sus narices en napas metafísicas sino que se mantenga sobre la superficie, en lo que metodológicamente doy a llamar “profundidad de snorkel”, para desde allí contemplar la dinámica coyuntural contemporánea desde un punto de vista ético.

Sin dudas, la forma de vida perruna servil al capitalismo es aquella dedicada exclusivamente al trabajo. Se trata de una forma de vida adoptada en la que jamás se hace huelga y que, incluso, se reniega si una huelga eventual (aunque dispute por derechos de los trabajadores) impide llegar a horario al trabajo. Los perros policías del capital son aquellos que hacen su trabajo y no se quejan. Seres amansados que a veces también se toman el trabajo de señalar a quien no trabaja, pues no les importa trabajar de más. Mientras sean útiles a su amo ellos mueven la cola. En efecto, se trata del engranaje mejor domesticado del sistema: verdaderos guerreros y centinelas de la producción. ¿Cómo entenderlos?

Georges Bataille tal vez sea uno de los pensadores del siglo XX que más se ha dedicado a pensar una tensión interna a lo humano entre lo productivo y lo improductivo. Sus reflexiones dan cuenta a un tiempo de constantes antropológicas antagónicas y de sus variaciones socio-históricas. Ciertamente, Bataille interpreta al hombre atravesado por dos inclinaciones opuestas. Por un lado, inclinaciones de carácter utilitario, con vistas a obtener algún provecho, conservar o enriquecer el ser; y, por otro lado, inclinaciones inútiles que no sirven para nada, pues no tienen otro fin más que ellas mismas y su propio goce. Estos dos polos tensan de igual

modo la vida de los hombres y la organización social, dando lugar a dos concepciones económicas distintas de la actividad humana. Por un lado, Bataille (2007) identifica una economía sostenida en los principios de producción, conservación y ganancia (a la cual llama “economía restringida”); por otro lado, una economía sostenida en el derroche, la pérdida y el gasto (llamada “economía general”). Para Bataille, a lo largo de la historia la ponderación entre estas dos dimensiones económicas fue fluctuando y dirimiéndose de distintas formas; pero desde tiempos modernos se puso en marcha una degradación y desplazamiento preocupante de los aspectos improductivos de la vida en manos de la decadente moral burguesa.

En efecto, la burguesía se torna uno de los blancos predilectos de las críticas batailleanas. No sólo por tratarse de la clase social encargada de desarrollar el capitalismo y reducir toda actividad humana a la actividad útil y productiva, sino también porque instaura un *ethos* en la sociedad cuyas coordenadas se reducen al ahorro con acopio, a la conservación y al dominio. La burguesía solo reconoce que la finalidad de la vida es desarrollarse, incrementar y conservar riquezas, “considera el consumo equivalente al carburante por un motor: no ve en él más que un elemento necesario para la producción” (Bataille, 2010, p. 35). De este modo, esta clase social se define por su odio al gasto, su mezquindad y su pudor ante cualquier manifestación improductiva de la vida -a la que sin embargo se entrega tras bambalinas como si fuesen “vergonzosos eructos” (Bataille, 1974, p. 49)-. Se trata, en resumen, de una clase hipócrita, temerosa y apagada, cuya exhibición de riquezas “se efectúa entre cuatro paredes, de acuerdo con unas deprimentes y aburridas convenciones” (Bataille, 1974, p. 49).

Si retomamos en este punto la clásica ecuación marxista (Marx, Engels, 1974) que entiende que las ideas dominantes de una época son las de la clase dominante, se concluye que el discurso cultural y moral dominante en la sociedad capitalista lo establece la burguesía. De este modo, los mismos trabajadores explotados por el capital se convencen a sí mismos del valor central de la producción para el desarrollo de sus vidas, sometiéndose sin réplica a los intereses de la clase burguesa. Así, independientemente de la clase social a la que se pertenezca, la vida desde tiempos modernos en adelante se vio unívocamente reducida a la función útil y servil con vistas a la acumulación de capital. Es decir, la vida se redujo al trabajo. Vivir, bajo el capitalismo, significa vivir útilmente.

Ahora bien, más allá de la compleja trama que se teje en la profundidad de las relaciones de dominio, me pregunto si no habría también sobre la superficie cierta banalidad entre los trabajadores en la aceptación de lo útil como valor ético. Quiero decir, ¿acaso no se trata en algún punto también de una obediencia pasiva al modelo productivo dominante y a las normas de moralidad de la codiciosa y tacaña burguesía descrita por Bataille (hoy devenida en una no menos desdeñable clase empresarial)? ¿Cómo entender sino el arrojo voluntario de gran parte de la población a la producción ilimitada, la cual no sólo condena a la desigualdad y concentra la riqueza cada vez en menos manos sino que también devasta la naturaleza precipitando la destrucción del planeta entero? ¿Será que el *nomos* -tan criticado por algunos sofistas en los albores del jactancioso “occidente”- ha desplazado definitivamente a la *physis*? Basta observarse a uno mismo para advertir la forma en que el trabajo y los imperativos de utilidad se infiltraron de punta a punta en nuestras vidas cotidianas sin que les ofrezcamos mayor resistencia. En efecto, la lamentable pandemia del COVID-19 desatada en el 2020 dio lugar a que el capital termine de profanar sin objeción alguna de nuestra parte el último reducto sagrado e improductivo de la existencia ordinaria: la cama, desde entonces convertida en *home-office* o palco de *streaming* para que la producción y el entretenimiento productivo sigan su curso a pesar de las adversas circunstancias.

Tal aceptación del trabajo sin resistencia y con convencimiento ético pareciera ser también uno de los propulsores serviles al desarrollo capitalista. Aceptación, insisto, muchas veces banal, pues sólo responde a la obediencia al orden naturalizado y a sus directivas de productividad y utilidad. En este sentido, los estudios de Hannah Arendt (2003) sobre la banalidad del mal resuenan con un eco cercano en el fenómeno de la servidumbre voluntaria actual. Si bien está claro que la obediencia de un trabajador al sistema productivo no es comparable con las abominables acciones de los agentes nazis analizadas por Arendt, no obstante en ambos casos se advierte una misma obediencia irreflexiva o burocrática a las reglas del sistema en el que los sujetos están inmersos. Sistemas, por cierto, que generan segregación, desigualdad y muerte. En efecto, la llana aceptación del trabajo en el marco del capitalismo, en condiciones cada vez más precarizadas y flexibilizadas, opera como un engranaje fundamental para que la productividad siga su curso triturando a la existencia entera (humana y no humana) como en un molinillo.

Volviendo ahora a la fenomenología canina. Con lo dicho se puede identificar que en tiempos actuales -en la medida en que se admite la moral utilitaria, aunque fuese de forma banal e incluso sin deliberación- la vida se ve reducida a la vida del perro policía. Pues, la docilidad y disciplinamiento con y en el trabajo, garantiza el funcionamiento del orden. ¿Será entonces que con la expansión del capitalismo no queda más lugar en el mundo para las formas perrunas improductivas y descatadas? ¿No sería acaso conveniente recuperar a estas últimas para torcer el rumbo totalizante del capital cuya consumación, nos consta, no es feliz? ¿Sabotear el trabajo no sería tal vez una forma efectiva de comenzar a hacerlo?

Ciertamente, es indudable que el ser humano no tiene más remedio que trabajar, pues de lo contrario perecería. Negar esta lamentable realidad sería necio. No obstante, lo que está en cuestión en estas líneas no es el trabajo en sí mismo -del cual indefectiblemente depende la vida humana para proveerse alimento y conservarse-, sino el trabajo asalariado bajo la dominación capitalista y la convicción que la supervivencia sólo es posible si se cambia el tiempo por dinero, si se vende la fuerza de trabajo a un empleador: si se vela y sirve unívocamente a las prerrogativas de utilidad del amo. En este marco y en contraste, considero que una vida de perros moralmente rastrera y desobediente al orden aparece no sólo como una alternativa que horada el actual modelo de vida hegemónico y alienante, sino también que se erige como potencial político capaz de desestabilizar el *ethos* productivista que está llevando la existencia completa a su colapso.

Perros sin pedigrí

Como en todos los tiempos, las vidas perrunas indóciles a los preceptos sociales o culturales vagan también hoy entre los uniformados con bozal negándose a rendir homenaje a lo respetable y a la norma. Se trata de vidas que no se desvelan ante ningún mandato de productividad, pues justamente la indolencia ante el trabajo las caracteriza. Sin embargo, es cierto que hoy por hoy estas vidas poco normadas son las menos vistas y me animo a aventurar tres motivos al respecto. Por un lado, porque su independencia ante el deber rivaliza con la de los dioses y, de este modo, desmitifican cualquier poder, por lo que la autoridad las “aparta” para su resguardo. Por otro lado, porque a veces chocan con su propia holganza y, en este sentido, no hacen gran esfuerzo por salir a escena. Y, por último,

porque están en peligro de extinción dado que el capitalismo ha domesticado la existencia casi por completo bajo la función de perro policía. Los primeros dos motivos no deberían preocuparnos en demasía, pues son constantes en la historia de la humanidad y no hablan más que de la tensión establecida a nivel antropológico y social entre lo productivo y lo improductivo (Bataille), entre la *physis* y el *nomos* (sofistas) o entre lo doméstico y lo salvaje (Haraway). Sin embargo, no sucede lo mismo con el tercer motivo mencionado, el cual enciende todas las alarmas.

Como destaqué en el apartado anterior, en los últimos tiempos la dinámica oscilante y ambivalente de la existencia entre formas de vida opuestas parece estar estancándose unidireccionalmente en un automatismo no dialéctico al servicio de la producción y lo útil. Por tanto, es menester revitalizar vidas inútiles y ociosas para detener el curso fagocitante del capital que reduce la existencia a los grises algoritmos de la ganancia. Pero ¿cuál es la operación política para lograrlo? Si algo nos enseñan las irreverentes vidas perrunas es sobre el potencial político de la acción inoperante. Ciertamente, esta última acción encuentra su correlato conceptual en lo que en jerga batailleana se reconoce como “gasto improductivo”: se trata de un hacer que no sirve para nada y del que no se obtiene nada; un hacer sin objetivo ni finalidad; un hacer que es lo más parecido a un no-hacer o deshacer; un desobramiento. El rechazo al trabajo, en este sentido, es la acción inoperante por antonomasia de una vida de perro a merced de las maravillas que ofrece el ocio, por eso mismo es allí, en ese acto, donde debiéramos centrar nuestra atención.

El rechazo al trabajo, en efecto, tiene larga data. Basta echar un vistazo por las etimologías o el imaginario colectivo para observar cómo desde sus mismos orígenes el trabajo va unido a un castigo o a algo ubicado en las antípodas del deseo. *Tripalium*, en latín, hace referencia a un instrumento de tortura; y la condena bíblica “ganarás el pan con el sudor de tu frente” no hace otra cosa que identificar al trabajo con una pena o martirio. Rechazar el trabajo implica, en este sentido, rechazar lo que se nos impone u obliga a hacer; implica rechazar un deber o un sometimiento. En el marco del capitalismo, Bartleby quizás sea el personaje de ficción más recordado por su negativa a trabajar. Inmerso en el corazón del decimonónico Wall Street –símbolo de las finanzas desde aquel entonces y hasta nuestros días– Bartleby prefiere no obedecer las órdenes de su superior, prefiere no trabajar, prefiere no hacer. Y he aquí que esta

acción inoperante pone patas arriba todo el paradigma normatizante. El potencial político del copista es innegable y se manifiesta sencillamente mediante el uso del subjuntivo en su recurrente respuesta “*I would prefer not to*” (“preferiría no hacerlo”), lo que indica de modo lacónico y efectivo la prioridad del deseo ante el deber.

Franco Berardi, a propósito de una inquietante instalación de la artista finlandesa Pilvi Takala, identifica un punto clave en relación al valor político del rechazo al trabajo. La obra experimental que observa consiste en una simulación por parte de la propia artista en la que se hace pasar por becaria de marketing en una empresa consultora. En un espacio de oficinas abiertas la supuesta becaria pasa el tiempo sin hacer nada en todo el día, sentada en silencio, mirando la pared o los movimientos propios del ámbito laboral compartido. Las horas pasan, los días también, y ella continúa sin demostrar actividad alguna. Incluso en una jornada se la ve por varias horas paseando dentro del ascensor. De a poco la atmósfera laboral comienza a ser incómoda y ella se convierte en objeto de rechazo o especulación entre sus colegas, algunos de los cuales hasta dan aviso telefónico o por e-mail al supervisor sobre la situación. Berardi, al respecto, detecta el punto sensible que pone en manifiesto dicho experimento: la amenaza que siente el orden ante la presencia de un sujeto que no trabaja. La persona que no está haciendo nada, dice Berardi “no está comprometida con ninguna actividad y por eso tiene el potencial para cualquier cosa. Dado que el no-hacer no tiene un lugar en el orden general de las cosas, se convierte en una amenaza para este” (2020, p. 60). Así pues, esta intervención artística señala también el potencial político incisivo inscripto en la renuncia a la productividad. O dicho a la inversa, señala oblicuamente que a la productividad capitalista se la desestabiliza no produciendo. ¿No decía ya La Boétie que a la autoridad no es necesario combatirla, ni siquiera defenderse de ella, sino que de lo que se trata es de no darle nada? Si a los tiranos no se les da nada, escribía el joven filósofo, “si no se les obedece, incluso sin combatir, sin golpear, quedan desnudos y deshechos [...]”; así como la raíz, al no tener más su sustancia y alimento su rama se vuelve seca y muere” (2015, p. 15). La tiranía del capital, del mismo modo, se descubre impotente ante la impotencia, esto es, ante la potencia de no hacer nada en términos productivos.

Por tanto, los perros no domesticados por el *nomos* productivista indican un camino a seguir en el que se rompe con la cadena de dominación

capitalista. Pero, ¿acaso dicho camino sugiere tan sólo un movimiento individual de renuncia al trabajo? ¿No se da el caso de jaurías enteras orquestadas en la reivindicación de la improductividad? Por supuesto que sí. Mencionaré por caso a la Fundación de Alegría al Trabajo (FAT), no sólo por tratarse de un movimiento colectivo contra la producción, sino también porque su experiencia enseña formas de resistencia que -a diferencia de algunas célebres revoluciones- no claudican ante un nuevo poder constituyente del orden (ante un nuevo *nomos* remasterizado), sino que se mantienen a la altura de su inoperancia.

La breve historia de la FAT se remonta a los años noventa y surge en respuesta al discurso neoliberal de la “revolución productivista” dominante en aquel entonces en la Argentina bajo la execrable gestión del innombrable señor M. Las acciones de dicha Fundación son felizmente recordadas por hacer justicia a las efemérides declarando al dos de mayo como “Día internacional del ocio”, por promover la alegórica acción “Salven al perezoso” y por conformar la primera Internacional Ociosa (Internacional Idle of the World, IIW), pendiente entre los discursos emancipadores desde el siglo XIX. El derrotero de la FAT fue breve, brevísimo, durando apenas tres meses. La única movilización convocada por el grupo, fiel a sus principios, fue a desgano y no logró recorrer más de cien metros en la ciudad de Buenos Aires. Lo cierto es que no fue sólo la respetada fatiga lo que detuvo la marcha. La prensa, que doblegaba en cantidad a los manifestantes (muestra clara tanto de la hegemonía del trabajo como de la sensatez de los ociosos ausentes), amenazaba también en tornar la protesta en espectáculo dado el interés que despertaba en el público curioso. De este modo, puesto que entre las proclamas de la FAT también se instaba atentar contra toda sociedad del espectáculo que tornase al ocio en consumo productivo, no hubo más remedio que disolver la actividad para evitar que sus acciones sean tergiversadas o vueltas contra sí mismas. Bajo un último y glorioso grito de inspiración marxista ¡La Fundación ha muerto! ¡Viva la Fundación! se dio fin al movimiento a la vez que se anunciaba su eternidad.

Es cierto que la FAT no transformó nada en el tejido social. Sus acciones fueron claramente inoperantes en materia de infraestructura. No obstante, dejó su impronta al introducir un discurso ético que desestima y erosiona el modelo productivista. Ante la moral utilitaria neoliberal -pendiente del éxito, la competitividad, el emprendedurismo, la adquisición

de poder y dominio- dicha Fundación introdujo valores espirituales antagónicos como la fiaca, la molicie o la abulia, los cuales sin duda impactan favorablemente en el equilibrio social y ecológico. De este modo, el *ethos* del *dolce far niente* pregonado por la FAT debe ser entendido en su potencial emancipador y revolucionario.

Ahora bien, con todo lo dicho queda evidenciado que las acciones inoperantes de estas vidas de perro pueden manifestarse a nivel individual o colectivo, incluso en distintos registros (literario, artístico, social, etc.). No hay una forma definida o reglada para rechazar el trabajo asalariado y explotado. Esta acción puede expresarse tanto en la experiencia singular de la renuncia a la productividad, como en la exhortación grupal del ocio, e incluso hasta en forma de consejo entre pares -como es el caso de los “Consejos a los criados” de Jonathan Swift, quien dejó escrito una interesante serie de *tips* insumisos a tener en cuenta en caso de dominación-. Como sea, de lo que podemos estar seguros es que todas estas manifestaciones -ya sea la de un Bartleby, la de una becaria indolente o la de una fatigada congregación de jactanciosos holgazanes- marcan una necesaria y urgente diferencia en un mundo dirigido por el *ethos* del capital. En efecto, a este listado se pueden agregar tantísimas otras formas de improductividad. Borges, por su parte, mencionaba a un hombre que cultiva su jardín, a dos empleados que en un café del sur juegan un silencioso ajedrez, a alguien que acaricia un animal dormido y hasta quien agradece que en la tierra haya Stevenson. Lo cierto es que, como el mismo poeta escribió, todas “estas personas, que se ignoran, están salvando al mundo” (Borges, 1992, p. 71).

Por último, y para concluir, me gustaría retomar nuevamente al par de personajes históricos que inspiró mi reflexión sobre estas formas de vidas contrapuestas: Alejandro Magno y Diógenes de Sinope. Otra anécdota sobreviviente de aquellos tiempos antiguos cuenta que el poderoso Alejandro se plantó ante Diógenes (a quien, ya sabemos, admiraba) y le dijo “Pídeme lo que quieras”. A lo cual el filósofo, echado cómodamente sobre el tronco de un árbol, respondió: “Apártate del sol, me haces sombra.” En fin, sencilla vida es la vida de perro que no se inclina ni adopta las oscuras prerrogativas del poder.

Bibliografía

- Alizart, M. (2019). *Perros*. Buenos Aires: La cebra.
- Arendt, H. (2003). *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona: Lumen.
- Baigorria, O. (2014). ¿Prólogo?. En *Con el sudor de tu frente. Argumentos para una sociedad del ocio* (pp.9-20). Buenos Aires: Interzona.
- Bataille, G. (1974). La noción de gasto. En *Obras escogidas* (pp.37-58). Barcelona: Barral.
- Bataille, G. (2007). *La parte maldita*, Buenos Aires: Las cuarenta.
- Bataille, G. (2010). *El límite de lo útil*. Buenos Aires: Losada.
- Berardi, F. (2020). *Fenomenología del fin. Sensibilidad y mutación conectiva*. Buenos Aires: Caja Negra.
- Borges, J.L. (1992). Los justos. En *La cifra*. Buenos Aires: Emecé.
- Haraway, D. (2016). *Manifiesto de las especies de compañía*. Vitoria-Gastei: Sans Solei.
- La Boétie, Étienne de (2015). *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*. Buenos Aires: Interzona.
- Laercio, D. (2014). *Vida de los filósofos ánicos*. Madrid: Alianza.
- Marx, K., Engels, F. (1974). *La ideología alemana*. Barcelona: Grijalbo.
- Melville, H. (2011). *Bartleby, el escribiente*. Buenos Aires: Planeta.